

# **La pertinencia de la iglesia antigua para la iglesia de hoy**

Dr. Justo L. González



Monterrey, México  
septiembre 2009

## La pertinencia de la iglesia antigua para la iglesia de hoy

(1 de 4)

Monterrey, México

Permítaseme ante todo expresar mi gratitud por la oportunidad de estar aquí entre ustedes, y sobre todo por la oportunidad de discutir el tema de la iglesia antigua y su pertinencia para la iglesia de hoy. Como algunos de ustedes saben, esa historia de la iglesia antigua es mi pasión, a tal punto que llevo poco más de cincuenta años estudiándola, y si al buen Dios le pluguiera concederme cincuenta años más de vida en este mundo, con gusto los dedicaría al mismo tema. Mi hermano era profesor de Antiguo Testamento, y recuerdo que un día nuestra madre, un poco a tono de broma, nos dijo, "¿por qué es que ustedes dos sólo se interesan en gente muerta?" En aquella ocasión le respondimos sencillamente, como ella lo esperaba, con una sonrisa. Pero si hoy alguien me hiciera la misma pregunta, le respondería citando a Jesús, quien declaró que nuestro "Dios no es Dios de muertos, sino de vivos" (Mt 22.32). En aquel contexto, Jesús se estaba refiriendo al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Pero de igual modo hemos de referirnos al Dios del apóstol Pablo, del mártir Ignacio de Antioquía, del obispo Ireneo de Lyon, y de millares de creyentes cuyos nombres desconocemos, pero están escritos en el libro de la vida.

Lo que hacemos entonces al estudiar la historia de la iglesia no es sencillamente aprender de memoria una serie de nombres, fechas y documentos, sino también y sobre todo buscar el modo en que esos hermanos y hermanas en la fe de tiempos idos puedan hablarnos hoy, darnos testimonio de su fe, y fortalecer la nuestra.

Es por ello que la historia de la iglesia me fascina. Y es de ese modo que hoy les invito a que nos acerquemos a esa historia, no ya sólo para saber lo que aconteció y lo que se dijo e hizo, sino también para alcanzar nuevas perspectivas sobre nuestra propia situación y sobre lo que hoy hemos de hacer y de decir—en otras palabras, como el título de esta serie de conferencias indica, para indagar acerca de la pertinencia de esa historia de casi dos mil años para nuestra vida como creyentes y como iglesia en este vigésimo primer siglo.

Cuando planteamos la cuestión de ese modo, resulta claro que lo primero que hemos de hacer es indagar acerca de algunas de las circunstancias en que nos ha tocado vivir, y ver qué paralelismos y qué diferencias encontramos entre nuestra situación y la de la iglesia en sus primeros siglos.

Nuestro siglo se caracteriza ante todo por eso que hemos dado en llamar "globalización". Tal globalización tiene diferentes aspectos que podemos evaluar de diversos modos. Pero el hecho de la globalización misma es innegable. Y también es innegable la velocidad vertiginosa con que tal globalización ha avanzado. Cuando mi padre nació, en el 1902, el medio más rápido de transporte era el ferrocarril. Y aun entonces, la velocidad del ferrocarril era aproximadamente la misma que la del caballo—con la diferencia de que un tren podía marchar por horas a la misma velocidad sin fatigarse, y el caballo no podía hacerlo. Es decir que cuando mi padre nació era casi imposible viajar mucho más rápidamente que en tiempos de Julio César, de Cristóbal Colón, o de Napoleón. Poco después vio el primer automóvil, que todavía era más

lento que el caballo. Y después vinieron los automóviles más nuevos y la aviación, y las vías de comunicación a distancia se aceleraron, pasando del telégrafo al teléfono, a la televisión, hasta llegar a la red cibernética de hoy. Y para mostrar las enormes consecuencias de esto basta con señalar que hace unas pocas décadas el Irán era para la mayoría de nosotros un país desconocido, cuyas tradiciones y luchas internas no nos interesaban mucho, mientras que en tiempos recientes hemos visto al mundo entero enfocar su atención sobre ese país, y ver lo que allí sucedía casi al instante. Las nuevas redes cibernéticas, unidas a la televisión, nos hicieron ver de cerca, casi como si estuviésemos allí, la tragedia que vivía el pueblo iraní. Y dentro del propio Irán, el hecho de que ahora era posible comunicarse con el resto del mundo aun a pesar de la represión oficial, hizo sentir su impacto sobre la conducta del pueblo. Los ayatolas nos decían que todo era una fabricación occidental, incitada por la prensa internacional—lo cual no parece haber sido verdad. Pero lo que sí era indudable era que la resistencia del pueblo iraní se alentaba y sustentaba por el solo hecho de saber que el resto del mundo podía ver, casi inmediatamente y a primera mano, lo que allí sucedía. Eso es parte de lo que hoy llamamos globalización: hoy lo que acontece en Irán, en Corea, en Washington o en Monterrey se sabe y se ve en el resto del mundo, y por tanto es parte de una sola historia. O, si volvemos a la comparación con tiempos de mi abuelo, ni siquiera puedo imaginar lo que diría él si yo le dijera que cuando hoy viajo, casi no necesito dinero, pues puedo comprar algo en Manila y pagarlo con un pedacito de plástico. (¡Y, para colmo, tendría que empezar por explicarle qué es eso del plástico!)

La globalización que hoy experimentamos es resultado de un proceso de siglos, y no es aventurado afirmar que empezó en el dieciséis, cuando la Europa occidental se volcó hacia el resto del mundo. Bien se ha dicho que los llamados "descubrimientos" del siglo dieciséis, y las conquistas subsiguientes, fueron la continuación de las invasiones de los bárbaros en los siglos cuarto y quinto. La expansión nórdica que dio al traste con el antiguo Imperio Romano se vio detenida durante mil años por la paralela expansión árabe, hasta que en el siglo dieciséis, gracias a los viajes de navegantes tales como Vasco de Gama y Cristóbal Colón, esa expansión encontró el modo de circunnavegar los territorios árabes, llegando así no sólo a lo que llamaron las "Indias Occidentales", sino también a las verdaderas Indias.

Pues bien, desde el siglo dieciséis hasta principios del veinte vimos surgir toda una serie de imperios, la mayoría de ellos bajo el gobierno de los sucesores de aquellos invasores nórdicos: los imperios de España y Portugal, de Inglaterra y de Francia—y, en menor escala, de Holanda, Alemania y Dinamarca. La disolución de tales imperios comenzó en las Américas a fines del siglo dieciocho y comienzos del diecinueve, y continuó en Asia y África hasta mediados del veinte. Pero esos imperios coloniales habían atado al mundo en lazos comerciales y culturales a tal punto que pronto surgió lo que bien podría llamarse otro imperio, aunque éste no ya nacional ni de carácter abiertamente político y colonial, sino más bien económico y con bases transnacionales. Hoy, aunque estemos bajo diferentes gobiernos, casi toda la humanidad es parte de un solo sistema económico y de una sola red de comercio y de comunicaciones. Si hay una crisis económica en China, el sistema actual hace que la crisis se sienta en México, en

Alemania y en Namibia. En ese sistema global, como en el antiguo colonialismo, unos se benefician y otros sufren; pero con eso y todo prácticamente toda la humanidad es parte del mismo sistema.

Todo esto tiene sus paralelismos en los primeros siglos de vida de la iglesia. Hasta poco antes del advenimiento de Jesucristo, la cuenca del Mediterráneo había conocido pocos grandes estados o imperios. La principal excepción fue el Egipto, que a través de todo el período veterotestamentario fue una gran potencia con vastos territorios, y estuvo repetidamente en conflicto con otros grandes estados hacia el oriente que se sucedieron unos a otros: el imperio de Babilonia, el de Asiria y el de Persia. Pero en el resto del Mediterráneo, en toda Europa y en la costa norte de África, a excepción de Egipto, lo que hubo fue toda una serie de ciudades-estados. De vez en cuando alguna de esas ciudades lograba hegemonía sobre otras, y algunas llegaron a establecer colonias en otras regiones; pero ninguna de ellas llegó a establecer lo que podría llamarse un imperio. Lo que es más, hasta en los grandes estados como el de Egipto, había unidad cultural, étnica y lingüística, de tal modo que, salvo algunos entre los esclavos traídos de otras tierras y algún comerciante, toda la población participaba de una misma tradición, una misma lengua y una misma religión. Esto llegaba a tal punto, que en la antigua Atenas no se les permitía a los extranjeros establecer residencia, y los comerciantes podían permanecer en la ciudad sólo por un tiempo limitado.

Todo esto empezó a cambiar unos tres siglos antes del advenimiento de Jesucristo. En el año 336, Alejandro, a quien la historia conoce como Alejandro el Grande, heredó de su padre los comienzos de un imperio en el que los macedonios se habían adueñado de Grecia. A partir de entonces, en una vertiginosa serie de conquistas que escasamente tomaron trece años, Alejandro conquistó toda la cuenca oriental del Mediterráneo, incluso el antiguo reino egipcio, marchó hacia el oriente, donde se adueñó del imperio persa, y llegó hasta las fronteras mismas de la India. Aunque a la muerte de Alejandro su imperio se dividió entre tres de sus principales generales, cada uno de los tres reinos resultantes fue una continuación de buena parte de las políticas de Alejandro.

Toda empresa imperialista se autojustifica con una ideología. La justificación ideológica de las conquistas de Alejandro era el deseo de compartir con el resto de la humanidad las ventajas de la civilización griega. Alejandro había sido discípulo de Aristóteles, quien le convenció del valor de la sabiduría griega, y en cierto modo podría decirse que las falanges macedónicas fueron el brazo armado de esa sabiduría.

En este punto también conviene señalar el paralelismo entre aquellos tiempos y los nuestros. Se ha dicho que el colonialismo fue el brazo armado de la modernidad. De igual modo que Aristóteles convenció a Alejandro de la superioridad de la civilización griega por encima de los "bárbaros", así también la modernidad occidental quedó convencida de su superioridad en contraste con otras dos alternativas. En primer lugar, la modernidad se consideró a sí misma

superior a los siglos inmediatamente anteriores, a los que dio en llamar, en tono despectivo, la "Edad Media"—es decir, el tiempo muerto y oscuro entre la antigüedad clásica y la Era Moderna. Y, en segundo lugar, la modernidad occidental se consideró a sí misma superior a toda otra civilización o tradición humana, lo que constituye un claro paralelismo con el caso de Alejandro. Desde el punto de vista de la modernidad occidental, el resto de la humanidad, al no gozar de las ventajas de la modernidad, estaba en condiciones infrahumanas, y por tanto era necesario llevarle esas ventajas. Si esto se hacía por el poder de las armas, y a costa de sangre, sufrimiento y hasta genocidio, todo se justificaba, como antes el imperio de Alejandro, sobre una base supuestamente benéfica. (Y, dicho sea de paso, ocasiones hubo en las que las mismas misiones cristianas se hicieron parte de la empresa colonizadora, sobre la base de una justificación semejante.)

Volviendo entonces al mundo antiguo, el resultado de las conquistas de Alejandro fue el surgimiento de una serie de estados de vasta amplitud geográfica y unidos, no por tradiciones comunes ni por vínculos culturales o étnicos, sino por el poder del estado.

A esto siguieron las conquistas romanas. Una vez más, el imperialismo buscó justificarse mediante su propia ideología. La ideología de las conquistas romanas fue, como la de las de Alejandro, compartir su civilización y, en las primeras etapas de la expansión romana, las ventajas de la vida republicana. Para los romanos, como antes para los griegos, la más grande invención humana era la ciudad, la *polis*. Tanto era así, que dieron en llamarle a lo que le

llevaban al resto de la humanidad “civilización”—que viene del latín *civitas*, ciudad, y por tanto significa “ciudadificación”. Lo que los romanos pretendían era unir al mundo en una red de ciudades, organizadas todas al estilo de la de Roma, donde una república—es decir, una cosa pública—les ofrecía a sus ciudadanos una medida de democracia—aunque hay que señalar que no todos los que vivían en Roma, y mucho menos en su imperio, eran ciudadanos, ni tenían los derechos de tales. Y la prueba de que todo esto no era más que autojustificación imperialista es el hecho de que, precisamente en tiempos del advenimiento de Jesús, se abandonaron muchos de los antiguos principios republicanos, y el Imperio Romano se convirtió en una monarquía.

Aquellos antiguos imperios, primero los de Alejandro y sus sucesores, y luego el de Roma, tenían la característica de unir bajo su gobierno a una enorme diversidad de pueblos, culturas, religiones y tradiciones. Bajo un barniz de cultura común, primero griega y luego latina, subsistían y se entremezclaban los más diversos pueblos y tradiciones. Así, por ejemplo, en el Nuevo Testamento vemos que en Palestina la ciudad de Cesarea, así nombrada en honor al César, era un enclave grecorromano a pocos kilómetros de Jerusalén. Y sabemos también que los judeos acusaban a los galileos de haberse helenizado al punto de no ser buenos judíos. Lo que es más, en casi todas las regiones conquistadas existía una estratificación social sobre la base de las diversas etapas de la conquista. Tal es el caso de Egipto, donde existían esencialmente tres niveles sociales: los latinos o romanos en la cumbre, los griegos bajo ellos, y los coptos o descendientes de los antiguos egipcios en la base oprimida y explotada. En el

norte de África, en la región que hoy es Túnez, existía una escala semejante, con los romanos en la cumbre, los púnicos descendientes de los antiguos fenicios bajo ellos, y los beréberes bajo ellos.

En todos estos casos, las antiguas culturas quedaron sumergidas por algún tiempo tras la conquista imperial. Supuestamente, en la cuenca oriental del Mediterráneo todos hablaban griego, y todos hablaban latín en la cuenca occidental. Pero la realidad era muy diferente. En el libro de Hechos encontramos que cuando Pablo y Bernabé llegan a Listra, en lo que hoy es Turquía, hay un malentendido serio, pues los naturales del lugar hablan “en lengua licaónica” (Hch 14:11), y se imaginan que Pablo es el dios Mercurio y Bernabé es Hermes. Esto es índice de lo que vemos en otras regiones del Imperio, que la supuesta universalidad de la cultura grecorromana esconde la realidad de la supervivencia de otras culturas ancestrales. Esas otras culturas sobreviven sobre todo en los estratos más bajos de la sociedad, frecuentemente oprimidos y explotados.

Pero precisamente a principios de la era cristiana esas culturas comienzan a resurgir. Esto se ve entre otras cosas en las frecuentes rebeliones en Egipto, en Palestina, en el norte de África, en las Galias, etc. Hasta en Grecia hay rebeliones contra el poderío romano.

Una vez más, todo esto es semejante a lo que ha acontecido en los últimos siglos. En el auge de la modernidad, en el siglo diecinueve, se llegó a pensar que las antiguas civilizaciones

asiáticas, africanas y americanas estaban a punto de desaparecer. Quienes así pensaban eran muchos, no solamente en los centros de poderío colonial, sino hasta en las mismas colonias. El poderío militar de Occidente se impuso en África, India, China, Japón . . . Puesto que ese poderío se basaba en los adelantos tecnológicos de Occidente, hubo en todos esos países quienes hicieron todo lo posible por apropiarse de esos adelantos. Al principio, se pensaba que había un vínculo inquebrantable entre la cultura occidental y la tecnología, de modo que hubo en todas esas regiones quienes hicieron todo lo posible por integrarse a la cultura occidental. Pero a la postre resultó claro que las antiguas culturas no desaparecerían, sino que se apropiarían de la tecnología que aprendían de Occidente, la adaptarían a sus propias tradiciones y necesidades, y resurgirían transformadas, sí, por el Occidente, pero siempre con su identidad propia.

Hasta en el campo de las misiones ocurrió algo parecido. Cuando en el año 1830 el misionero escocés Alexander Duff llegó a Calcuta, llevaba una estrategia misionera que le parecía infalible. Se dedicó en enseñarles a los indios todo cuanto pudo de la ciencia, la tecnología y la cultura occidentales, todo ello estrechamente unido a su fe cristiana. Según él mismo decía, estaba plantando una mina bajo los cimientos mismos de la religión hindú, y cuando esa mina explotara esos cimientos se quebrarían y el hinduismo mismo se desplomaría. Pero pasó el tiempo, y se ha comentado que la mina de Duff de hecho explotó, pues la India se ha vuelto un centro de producción tecnológica, pero el terreno sobre el cual estaba construido el edificio hindú era de arena, y, por tanto, aunque el sacudimiento se sintió, el edificio quedó en pie. Lo

que de hecho sucedió fue que la antigua civilización hindú, sumergida por algún tiempo bajo la presión política, militar, económica y tecnológica de Occidente, ha resurgido tan pujante como antes, incorporando en su seno elementos de la civilización occidental, pero siempre con su identidad propia.

En los primeros siglos de nuestra era, ese resurgimiento de las viejas civilizaciones hizo impacto sobre la historia de la iglesia. Así, por ejemplo, no cabe duda de que el movimiento donatista, que surgió en el norte de África en el siglo cuarto, fue en parte un resurgimiento y hasta una rebelión por parte de los beréberes y su cultura ante lo que era para ellos una imposición por parte de Roma, ni cabe duda tampoco de que el insalubres. Hoy también muchos se inscriben en el ejército o en algún otro tipo de servicio público porque es uno de los pocos modos en que pueden subsistir. Hoy también otros huyen a otras regiones—en este caso al Norte—en busca del trabajo que no tienen en sus tierras natales. Y hoy también hay quien huye a las selvas y las montañas, como fugitivos de la sociedad globalizada, y a veces como rebeldes contra esa sociedad.

Pero pasemos al tema que más nos interesa aquí, que es el paralelismo en materia religiosa. Si lo he dejado para último en toda esta discusión de la globalización de hoy y la de antaño, es porque con demasiada frecuencia pensamos y actuamos como si la religión fuese cosa completamente apartada y hasta aislada del resto de los elementos de la vida, cuando en realidad no es así.

La globalización de los inicios de nuestra era hizo fuerte impacto sobre las religiones de entonces. Esto se debió en parte a la política de los poderes imperiales de incorporar los dioses de los conquistados a su panteón, frecuentemente identificándolos con los antiguos dioses de los conquistadores. Así, yo aprendí en la escuela que los dioses griegos Poseidón, Afrodita y Zeus eran los mismos que los dioses romanos Neptuno, Venus y Júpiter. Pero la verdad es otra. Lo que en realidad sucedió fue que, en su esfuerzo por unificar su imperio, los romanos introdujeron los dioses de los pueblos conquistados, tratando de identificarlos con los de ellos mismos, o si no sencillamente añadiéndoles al panteón romano. Si los romanos, al adorar a Júpiter, estaban también adorando al Zeus de los griegos, estos últimos tendrían menos razones para rebelarse—aunque a pesar de ello sí hubo una violenta rebelión griega en los últimos tiempos de la República. Todos hemos oído acerca del gran templo en Éfeso que se menciona en Hechos 19, dedicado primero a una antigua diosa de la región, luego a la diosa griega Artemisa y luego a la romana Diana, con el resultado de que las tres se fusionaron en una.

Cuando no había dioses paralelos que identificar con los de los conquistados, se buscaba otros medios de incorporar la religión de los conquistados a la de los conquistadores. Así, al conquistar Egipto Alejandro se hizo declarar dios, como los antiguos faraones, y más tarde en todo el Imperio Romano se impuso el culto al emperador.

Todo esto se facilitaba gracias al politeísmo de casi todas esas religiones antiguas. Si hay muchos dioses, no es difícil añadir uno más. Es por esto que el Imperio Romano siempre tuvo dificultades con los hebreos, quienes insistían en que no hay más que un Dios, quienes estaban dispuestos a rebelarse en defensa de su monoteísmo, y a quienes a la postre las autoridades hicieron concesiones, permitiéndoles abstenerse del culto a los dioses y al emperador.

Por otra parte, la mezcla y confusión de los dioses era paralela a una mezcla y confusión semejante entre los pueblos que tradicionalmente los habían adorado. Unos años antes, un romano no veía jamás a un cartaginés sino en el campo de batalla. En Cartago vivían los cartagineses; y los romanos, en Roma. En Cartago se adoraba a los antiguos dioses de los fenicios que habían fundado la ciudad; y en Roma, a los antiguos dioses de la ciudad. Quien nacía cartaginés no tenía razón alguna para dudar de sus dioses, ni para pensar en la posibilidad de adorar a otros dioses. Y lo mismo sucedía con quien nacía romano, o auge del monofisismo en Egipto en el siglo quinto fue unido a un despertar con elementos de rebeldía por parte de aquellos coptos a quienes ya he mencionado como el estrato más oprimido en Egipto. Pero seguir esa historia nos llevaría más lejos de lo que me propongo ir aquí.

Lo mismo sucedía en otras regiones. Cuando lo leemos cuidadosamente, vemos señales de esto en el Nuevo Testamento. Así, por ejemplo, en el Apocalipsis hay una fuerte voz de protesta contra el Imperio y su orden, no sólo en materia religiosa, sino también económica. Asia Menor, la región de donde procede el Apocalipsis, era una de las regiones más fértiles del

Imperio. Pero el hecho mismo de haberse incorporado al Imperio trajo serios cambios a la agricultura y la economía de la región. Anteriormente, la mayor parte de la tierra se dedicaba al cultivo de cereales, especialmente el trigo y la cebada. Pero ahora, con la apertura de nuevos mercados, resultaba más ventajoso para los terratenientes cultivar viñedos y olivares, con el resultado de que, al tiempo que se producía más vino y aceite, y por tanto aumentaban los ingresos de los terratenientes y los comerciantes, se producían menos cereales, lo cual a su vez producía un fuerte aumento en su precio. Esto llegó a preocupar al Emperador, quien trató de ponerles límites a los campos dedicados a viñedos y olivares. Pero la protesta de los senadores y de otros poderosos terratenientes fue tal, que el Emperador desistió de ese empeño. Todo esto se ve reflejado en las palabras que se escuchan en el Apocalipsis 6 cuando el Cordero abre el tercer sello, sale un jinete con una balanza en la mano—balanza que es símbolo del comercio—y se escucha una voz que dice: "Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino" (Ap. 6:6). Por lo que sabemos del precio de esos cereales cincuenta años antes, la voz que se escucha es una voz de protesta contra la enorme inflación en el precio de los cereales, que eran el alimento fundamental de casi toda la población—de hecho, en mejores tiempos la población se alimentaba principalmente de trigo, y la cebada era para los animales; pero según el Apocalipsis ahora hasta la cebada está demasiado cara.

Volvamos entonces a los paralelismos entre nuestros días y las condiciones en los primeros siglos de nuestra era. En nuestros días, al tiempo que nos gozamos en los nuevos medios de

comunicación, en los contactos mundiales y en otros beneficios de la globalización presente, también estamos conscientes de que la misma globalización que da lugar a las grandes industrias y enriquece a las corporaciones transnacionales también tiende a aumentar la necesidad entre la población más empobrecida. Cuando, gracias al comercio internacional, el valor de la tierra aumenta, siempre hay quien busque los medios para quitársela a quienes hasta entonces la han labrado y han vivido de ella. Si eso ocurre en la globalización de hoy, también ocurría en tiempos del advenimiento del cristianismo. De ello hay abundantes ejemplos. Muchos de ellos provienen de Egipto, no porque las circunstancias económicas fueran diferentes allí, sino porque el clima seco de la región ha servido para que se conserven y se descubran numerosos papiros que nos permiten estudiar la sociedad egipcia de un modo que no es posible hacerlo, por ejemplo, respecto a las Galias o a la misma Italia. Cuando Egipto se incorporó al Imperio Romano, poco antes del advenimiento de Jesús, esto abrió nuevos mercados para el trigo egipcio, que ahora se exportaba particularmente a Roma. Sin lugar a duda, esto enriqueció a los comerciantes y los grandes terratenientes. Pero el pueblo común en las ciudades sencillamente vio subir el precio del pan, sin un aumento paralelo en sus ingresos. En las aldeas donde vivían quienes labraban la tierra, los impuestos fueron aumentando, en parte para costear con ellos el transporte del trigo a Alejandría y de allí a Roma. Pronto llegó el momento en que los campesinos empezaron a abandonar la tierra. La mayoría se iba a las grandes ciudades, a pesar de que ley lo prohibía, y allí vivían como mejor podían, casi siempre en condiciones de miseria. Otros se alistaban en el ejército, que al menos les alimentaba y vestía. Otros marchaban a otras regiones del Imperio, donde supuestamente

había tierras que cultivar. Y otros huían a regiones remotas y deshabitadas donde el impacto del nuevo orden comercial no se hacía sentir. A estos últimos se les llamaba "anacoretas", que originalmente quería decir "fugitivos". (Si a la postre el término "anacoreta" vino a tener el sentido que hoy tiene, es porque hubo buen número de cristianos que, habiendo huido al desierto por diversas razones, dejaron su huella en la espiritualidad cristiana.)

En todo esto también vemos el paralelismo entre lo que ocurría entonces y lo que acontece hoy. Hoy también, como resultado de la globalización, el ingreso bruto de la mayoría de nuestros países ha aumentado, y ha dado en el enriquecimiento de ciertos elementos dentro de nuestras sociedades. Hoy también, según la tierra se dedica cada vez más a productos de exportación, muchos de quienes tradicionalmente vivieron en ella y de ella se ven obligados a abandonarla para irse a vivir a las ciudades, donde llevan una vida precaria de miseria en condiciones egipcio, o galo. Pero ahora que Cartago había sido destruida y luego reconstruida por los romanos, se mezclaban en ella cartagineses y romanos, además de una multitud de otras personas procedentes de diversas regiones del Imperio—egipcios, sirios, griegos . . . Y tal mezcla de culturas conllevaba una mezcla paralela de religiones. Ya no se adoraba a los dioses de Egipto de la misma manera que se les adoraba en el antiguo Egipto. En aquellos tiempos anteriores, la adoración a Isis y Osiris era obligación de todo el pueblo egipcio, y era también exclusiva de ese pueblo. Pero ahora un egipcio que vive en Cartago puede preferir algún dios romano o griego, o si no quizá el Baal de los antiguos cartagineses. Y su vecino cartaginés bien puede adorar a Baal al mismo tiempo que a Isis y Osiris. Y si a un egipcio no le gusta algo de la

religión de sus antepasados puede deshacerse de ello al tiempo que retiene lo que le gusta, y llena el vacío con algún elemento tomado de otra religión.

A esto se le da el nombre de “sincretismo”. Podríamos decir que es una religión “a la carta”. Las antiguas religiones eran de menú fijo: como egipcio, vas a adorar estos dioses de esta manera, y éstos serán tus sacerdotes. Pero la religión típica de los primeros siglos de nuestra era es una religión "a la carta" en la que cada cual escoge lo que apetece. Sírname, por favor, este aperitivo, aquella ensalada, sazonada con aceite, pero sin vinagre, esta sopa, tal otro plato fuerte, pero sin mucha sal, y este postre. Era así que cada cual determinaba su propia religión. Esto llegó a tal punto que hay historias de personas que prácticamente se dedicaban a coleccionar experiencias religiosas, iniciándose en tantas religiones como podían, pasando de una a otra reteniendo lo que era de su agrado y descartando lo que no lo era.

En esto también hay un paralelismo con nuestros días. Las viejas religiones que parecieron haber quedado sumergidas ante el avance de Occidente—el hinduismo, el budismo, el islam, las religiones ancestrales de América—todas surgen de nuevo a la superficie. Cada una de ellas tiene su elemento fundamentalista, que busca restaurar la antigua religión en todos sus aspectos. Pero en todas ellas—hasta en el islam, aunque en menor medida—hay elementos sincretistas. Y esto es particularmente cierto en el Occidente que tradicionalmente se consideró cristiano. Hay budistas en Tailandia, chintoístas en Japón, confucianos en Corea e hindúes en la India que han aceptado elementos de otras religiones y los han asimilado a las

suyas. Pero lo que en esos otros países parece ser la excepción, en el Occidente parece haberse vuelto la regla.

No creo que haya que dar muchos ejemplos o argumentos para probar este punto. En los Estados Unidos y en Europa occidental hay toda clase de esfuerzos de combinar religiones y creencias. Una de las columnas más leídas en los diarios y revistas es el horóscopo. Basta con entrar a la red cibernética para encontrar quien trata de vendernos amuletos de toda clase, piedras magnéticas, cristales con poderes sobrenaturales, supuestos conocimientos antiguos recién descubiertos. En Guatemala y otras regiones vecinas hay un fuerte debate entre presbiterianos, así como en otras denominaciones, en cuanto a qué antiguas prácticas y creencias mayas pueden combinarse con la fe cristiana, y cómo. En los mercados y librerías los libros sobre ocultismo, espiritismo y otros temas semejantes se venden por millones. Por todas partes surgen nuevas religiones que no son sino remiendos con pedazos tomados de acá y de allá.

En todo este cuadro, nuestros días se asemejan a los que vivieron los cristianos allá por los siglos segundo y tercero, cuando venían conversos y curiosos de toda clase de trasfondo cultural y religioso, todos ellos buscando lo que de bueno pudiera haber en la fe cristiana, pero muchos también con la esperanza de añadir a Jesucristo al panteón de sus dioses.

Esta situación no es nueva ni única. Siempre ha habido discusiones acerca del verdadero carácter de la fe cristiana, de lo que es aceptable dentro de los parámetros de esa fe y lo que no lo es. Lo que es nuevo en nuestros días, y desconcertante para muchos, es que no existe un jefe, consejo u otra autoridad capaz de dirimir entre las diversas propuestas, posiciones y doctrinas. Lo que sí es nuevo en nuestros tiempos, y contrasta con la Edad Media, es que ya no es posible deshacernos de una doctrina, o afirmar otra, sobre la sola base de lo que nos diga un papa, un obispo o un gobierno.

En esto también nos asemejamos a los primeros siglos de nuestra era. Nuestros antepasados en la fe, digamos en el siglo segundo, no podían apelar a una autoridad externa o a un jefe o gobierno para determinar quién estaba en lo cierto y quién no. Si salía, por ejemplo, un Marción declarando que hay un contraste absoluto e irreparable entre el Dios de Israel y el Padre de Jesucristo, no era posible sencillamente declararle hereje, como si con eso bastara. Marción por su parte respondería que él estaba en lo cierto, y eran los otros, los que aceptaban al Dios de Israel, quienes estaban errados. Una iglesia podía declararle hereje, y echarle de su seno. Pero Marción y otros como él bien podían sencillamente formar sus propias iglesias—como efectivamente lo hizo el propio Marción. Y lo mismo sucede hoy. Un pastor o una denominación pueden declarar que lo que Fulano enseña es contrario a las Escrituras, pero en tal caso todo lo que Fulano tiene que hacer es buscar otra iglesia cuyo pastor concuerde con él, o una denominación que no tenga problema con lo que Fulano

enseña. Y si no las encuentra, no hay por qué no crear una nueva iglesia o una nueva denominación.

Fue a partir del siglo cuarto, cuando el cristianismo comenzó a tener el apoyo del Imperio Romano y luego de los diversos gobiernos que surgieron de él, que esa situación cambió, pues a partir de entonces fue posible emplear el brazo secular para reprimir los errores—o los presuntos errores. Ya tras el Concilio de Nicea, en el año 325, cuando el Concilio declaró heréticas las doctrinas de Arrio, el emperador Constantino les añadió a las decisiones del Concilio el decreto de destierro. A partir de entonces, poco a poco, se fueron creando sistemas institucionales para determinar quién era hereje y quién no. Primero fueron los concilios; y después, de manera paulatina, los papas, obispos y sus representantes. Una vez establecidos tales sistemas, si lo que alguien enseñaba parecía falso no era necesario entrar en muchas discusiones para ver quién tenía razón, sino que bastaba con acudir a las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas.

Aunque hoy tal cosa nos parezca insensata, no lo fue para la mayoría de los reformadores protestantes del siglo dieciséis, para quienes el estado tenía ciertamente el derecho y hasta la obligación de suprimir la herejía. Pero a partir de entonces, en un largo proceso que no hay tiempo para resumir aquí, ese antiguo orden se fue desmantelando, hasta el punto en que hoy, como en el siglo segundo o el tercero, si alguien dice o enseña algo que nos parezca amenazar el centro mismo de la fe, el único recurso que tenemos es tratar de convencerle, y de

convencer a sus seguidores, sobre la base del argumento racional y de la autoridad de las Escrituras.

En todo esto también nuestra situación es semejante a la de aquellos primeros siglos. Lo que se debatía era la cuestión central de qué es la fe cristiana—qué enseñanzas o prácticas tienen lugar en el seno de la comunidad de fe, y cuáles no. Lo que es más, en el siglo primero o en el segundo nuestros antepasados en la fe ni siquiera podían apelar a las Escrituras, como lo hacemos nosotros hoy, pues el Nuevo Testamento todavía no existía como tal, sino como una serie de libros que circulaban separadamente y sobre cuya autoridad también podía haber discusión. Esto podría llevarnos a pensar que, como hoy tenemos las Escrituras, nuestra posición no es tan difícil como la de aquellos primeros cristianos. Pero, como todos sabemos, hoy las Escrituras mismas son interpretadas de los más diversos modos, cada cual buscando justificar su posición. Esto tampoco es nuevo, pues ya en el año 325, cuando el Concilio de Nicea decidió rechazar las doctrinas de Arrio y trató de hacerlo mediante una serie de citas bíblicas, los arrianos se mostraron capaces de interpretar todas esas citas de tal modo que no contradijeran sus doctrinas. Y fue por eso que el Concilio se vio en la necesidad de formular un credo que fue la base de lo que hoy conocemos como el Credo Niceno.

Hay finalmente otro punto de convergencia entre los primeros siglos de la era cristiana y el nuestro, y se trata del enorme crecimiento numérico de la iglesia. A veces miramos a la iglesia a través de los lentes del Atlántico del Norte, y pensamos que el cristianismo está en

decadencia. Las grandes catedrales medievales se han vuelto museos donde va más gente a mirar que a adorar. La feligresía está decayendo en las principales denominaciones que les dieron forma a los países del Atlántico del Norte—metodistas, presbiterianos, anglicanos, luteranos, bautistas, etc. Pero lo cierto es que esto es una visión muy parcial y hasta miope de lo que está aconteciendo en el mundo todo. El cristianismo está creciendo como nunca antes en África y en Asia. Las congregaciones más grandes del mundo están en Corea. En América Latina, las iglesias evangélicas crecen como la espuma, y en ciertas regiones hay también un despertar y un movimiento reformador dentro del catolicismo romano. Por todo ello tenemos que decir que, aunque a veces se nos dé la impresión contraria, el cristianismo está creciendo como nunca antes.

No hay que insistir en el paralelismo entre esto y lo que aconteció en los primeros tres siglos de nuestra era. Lo que en el año 50 no era sino un puñado de creyentes, en dos siglos y medio se expandió por toda Europa y el norte de África, hacia el Oriente llegó nada menos que hasta la India, y a la postre vino a ser la religión oficial del mismo Imperio que poco antes lo había perseguido.

Todo esto trajo no sólo entusiasmo y vitalidad, sino también confusión. Muchas personas decidían unirse a la iglesia sin tener una idea muy clara de qué era lo que estaban haciendo ni de los puntos esenciales de la fe cristiana. No faltó quien, en medio de aquella religiosidad "a la carta", intentara unir el nombre de Jesucristo a sus antiguas creencias. Aunque hoy hablamos

del "cristianismo" antiguo, lo cierto es que hubo muchos "cristianismos", y que a la postre, al tiempo que algunos de ellos convergieron entre sí y le dieron origen a lo que dio en llamarse "cristianismo", otros fueron excluidos por la iglesia en general. Pero todo esto no se hizo sin desacuerdos, debates y confusión. Ni tampoco sin la ayuda del Espíritu Santo.

Y algo parecido sucede hoy. En África hay nuevos conversos que desean adorar usando algunos de sus antiguos símbolos y danzas. En Corea el cristianismo toma dimensiones confucianas—por ejemplo, en lo que se refiere a las mujeres y al orden jerárquico de la sociedad. En varias regiones de América hay cristianos que adoran a Dios mediante las antiguas danzas del maíz, del fuego y de la lluvia. En nuestra América, hay también quien dice que si eres cristiano fiel todo te va a salir bien, no vas a perder el trabajo, y quizá hasta te vas a sacar la lotería. Otros se dan el título de "apóstol" y dicen que quien no pertenezca a su red no es legítimo líder de la iglesia. Algunos amigos me cuentan de un buen señor en Brasil que empezó siendo pastor, luego fue obispo y fundador, después apóstol, y hoy es arcángel. En Miami hay otro señor que empezó diciendo que él era Jesucristo y ahora dice que es el 666. En resumen, que en la vida de la iglesia la nuestra es una era de crecimiento sin paralelos, pero también de enorme confusión.

Por todo lo que antecede es que me atrevo a sugerir que posiblemente el período en toda la historia de la iglesia más pertinente para la vida de la iglesia hoy sea, no la época de la Reforma, como los evangélicos parecemos pensar, sino aquellos primeros siglos de enorme

crecimiento y de confusión, cuando lo que estaba en juego era nada menos que el carácter mismo de la fe cristiana.

Es sobre esos siglos que espero enfocar nuestra atención en las tres ocasiones que siguen, siempre tratando de relacionarlo todo con nuestro tiempo y con los retos de hoy. Puesto que el tema es sumamente amplio, me veo forzado a escoger algunos de los muchos tópicos que pudiéramos discutir. Por ello en las tres sesiones que nos restan miraremos, primero, al culto como recurso para responder a los retos que la iglesia enfrenta; segundo, a los recursos teológicos y doctrinales que podemos emplear con el mismo propósito; y, por último, al tema que la iglesia antigua no discutió ni consideró hasta que fue demasiado tarde, es decir, el tema de los peligros que el éxito, el crecimiento y la aceptación general pueden acarrear.

Entonces, pues, hasta mañana, cuando nuestro tema será el culto como recurso ante los retos de hoy.